

La visión de la historia en Schiller desde la trilogía sobre Wallenstein

Por
ROCH LITTLE

Ponencia 4

Friedrich Schiller

Mann und Frau den Mond betrachtend, um 1830-35, Öl auf Leinwand, 34 x 44 cm, Berlin, Nationalgalerie.



Roch Little

Ph.D. en Historia de la Universidad Laval (Québec, Canadá). Es profesor del Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá, desde 1996. Se dedica a la enseñanza de la historia europea de los siglos XIX y XX. Su campo de interés investigativo se relaciona con la filosofía de la historia, con un énfasis especial en los problemas narrativos. En los últimos años, ha publicado artículos sobre temas relacionados con el discurso histórico, la novela histórica y las relaciones entre literatura e historia.

Preludio sobre la vida de Wallenstein

Preludio No. 1: el personaje

Albrecht von Waldstein, conocido en la historia como Wallenstein (1583-1634), nació en el seno de la nobleza protestante bohemia. Cuando estalla la rebelión contra los Habsburgo, en 1618, se convirtió al catolicismo, respaldando así las pretensiones de Fernando II (1578-1637) al trono de Bohemia, y en contra del elector palatino Federico V (1596-1632), elegido rey por la Dieta después de la muerte de Mateo II (1557-1619)¹.

Preludio No. 2: Wallenstein entra en escena

La batalla de la Montaña Blanca (1620) puso un fin trágico a esta rebelión nacional checa². Enardecido por este éxito, Fernando ambicionó extirpar el protestantismo de la faz del imperio alemán. Había que castigar a los príncipes protestantes que habían osado apoyar al palatino, usurpador de la corona bohemia. Apoyándose en los ejércitos de la Santa Liga³, al mando de Johann T'Serclaes -conde de Tilly (1559-1632)-, general belga éste al servicio del elector de Baviera Maximiliano I (1573-1651), Fernando extendió la guerra a los estados protestantes del norte de Alemania, provocando así un conflicto a escala europea. Entonces el rey de Dinamarca, Cristián IV (1577-1648), considerando a sí mismo como el adalid de los protestantes alemanes, y siendo príncipe alemán por la posesión del ducado de Holstein y de algunos principados eclesiásticos, decide intervenir en el conflicto, apoyado por subsidios ingleses, franceses y holandeses.

Con la intervención danesa entra en escena Wallenstein como generalísimo de Fernando II. Éste, incomodado por la dependencia hacia los ejércitos de la Liga, cuyo campo de acción se limitaba al imperio alemán⁴, acogió la propuesta de Wallenstein (ahora duque de Friedland, título que recibió en recompensa de sus servicios) de formar un ejército imperial, es decir, un ejército dependiente únicamente de la voluntad del emperador. Otro argumento seductor sería que este ejército no constituiría ninguna carga para las arcas del soberano Habsburgo; su mantenimiento y la paga de los soldados se efectuaría a expensas de los países conquistados o atravesados (Rovan, 1998: 349).

Preludio No. 3: éxitos y primera caída

Las victorias sonríen al “generalísimo”. En 1626 vence en Dessau a Ernst de Mansfeld (1580-1626), general de la Unión Evangélica. Poco tiempo después,

obliga a las tropas danesas a retirarse hasta el Jutlandia, es decir, profundamente al interior de su propio país, lo que forzaría a su soberano a firmar -en 1629- la paz de Lübeck y a retirarse del conflicto. Mientras tanto, somete el Brandenburgo y la Pomerania en 1628. Tales serán los éxitos que, reunidos en la asamblea de Ratisbona, los príncipes electores, tanto católicos como protestantes, temerosos de sus triunfos, y la corte imperial, envidiosa de los mismos, convencen al emperador de deshacerse de Wallenstein.

Sin embargo, la arrogancia de Fernando II ante la victoria provoca, dos años más tarde, una nueva intervención extranjera⁵. Aparece un nuevo defensor de la causa protestante en la persona del rey de Suecia Gustavo II Adolfo (1594-1632). Frente a este nuevo peligro, Wallenstein es llamado, logrando éste restablecer de nuevo la situación militar en favor de Viena. Pero nuevamente será objeto de los temores de los príncipes y de la envidia de la corte de Viena, con la diferencia esta vez que tales temores y envidias no sólo propiciarían su caída, sino que también provocaron su muerte.

Preludio No. 4: segunda caída y muerte de Wallenstein

Después de la batalla de Lützen en 1632, el comportamiento de Wallenstein empieza a suscitar muchas inquietudes, pues, encerrado en un completo mutismo, desobedece órdenes, huye del combate y termina atrincherándose en sus cuarteles en Pilsen. Allí, una extraña ceremonia de juramento, conducida por algunos de sus oficiales, suena a traición, impresión reforzada por los rumores de posibles conversaciones entre Wallenstein y comandantes suecos y sajones. Entonces, el emperador decide eliminar a su incómodo generalísimo a través una conspiración que, liderada por sus propios oficiales, lo obliga a huir de Pilsen a Egen, lugar en donde será asesinado⁶. Así murió este singular personaje, considerado por más de uno como el más grande jefe militar de la Guerra de los Treinta Años⁷.

Estudios sobre la trilogía de Schiller

Estudio No. 1: concepción de la Historia en Schiller

La concepción de la historia de Schiller se nutrió, por un lado, de los principios de la filosofía kantiana de la historia y, por el otro, de los preceptos de los poetas del *Sturm und Drang* en materia histórica. Durante toda su vida, Schiller siempre mantuvo un gran interés por la historia, a tal punto, que se dedicaría a enseñarla en Jena entre los años 1789 y 1799. Por esta razón, fue considerado en los estándares de la época un historiador “profesional”. Pero Schiller también era un poeta talentoso, y en su poesía transpiraba continuamente su concepción de

la historia. Sus fuentes de inspiración fueron los poetas épicos de la antigüedad grecorromana, como Homero y Virgilio, al igual que los trágicos modernos, como Shakespeare.

De esta manera logró profesar una concepción original de la historia, la cual, en su opinión, no podía reducirse a una simple enumeración de hechos, como lo hacían los historiadores de su tiempo⁸, ni tampoco librarse a través de una especulación de alto vuelo sobre el sentido de los procesos históricos, a la manera de Rousseau o de Kant. Más bien, los dos enfoques debían complementarse, si bien tal complementación podía sólo darse a partir de una actitud poética frente a la historia, así como las tragedias históricas de Shakespeare. En efecto, una actitud poética hacia la historia sería lo que permitiría “simpatizar” con los personajes y resaltar su verdadera dimensión histórica; tal actitud posibilitaría el “adentrarse” en los hechos, para exponer así la historia como un *proceso* (Collingwood, 1952: 109-110).

Estudio No. 2: el *Wallenstein* como drama histórico

Para Schiller, el personaje de Wallenstein constituye sin lugar a dudas el perfecto ejemplo de una historia que necesita aprehenderse desde un ángulo poético. En efecto, con la vida de este famoso general de la Guerra de los Treinta Años se despliega un *destino*, un destino que, por ser precisamente digno de un relato histórico, contiene todos los elementos de un *drama*. Como Schiller lo declama en el *Rezitativ*, Wallenstein, figura heroica *par excellence*, fue uno de esos personajes capaces de suscitar tanta controversia, que su valoración diverge diametralmente según la perspectiva desde la cual se examine su vida.

En la *Semblanza de Wallenstein*, escrito en el cual Schiller hace la labor de “historiador”, el retrato de Wallenstein está pintado en blanco y negro: el hombre es ambicioso, calculador y, sobre todo, vengativo; el perfecto perfil de un “traidor” consumado. En esta obra histórica, Wallenstein es objeto de una condena sin posibilidad de apelación. Ahora bien, vista como *drama histórico*, la vida de Wallenstein adquiere otra dimensión. Los blancos y los negros se matizan en una multitud de grises, mostrando, por un lado, la sempiterna y triste historia de la desmesura humana, una desmesura nutrida por la ambición, y, por el otro, la puesta en escena de la tragedia de un héroe que confiaba ciegamente en su “buena estrella”. Así, filtrado a través del prisma del arte, el personaje aparece en su dimensión humana. Esta dimensión humana se aprecia bellamente desde la siguiente cita, extraída del “Prólogo recitativo”, que es un resumen de toda la concepción de la historia de Schiller mencionada antes:

Por el favor y el odio trastornado de los partidos
su figura oscila en las historias
pero el arte ahora a vuestros ojos y vuestro corazón debe acercarlo
humanizando su figura, que él todo lo limita y ata
a la Naturaleza lo restituye, de la vida en el ímpetu
Ve al hombre y una larga mitad de su culpa a su mala estrella atribuye.

Estudio No. 3: finalidades del drama

El poema dramático *Wallenstein* (Schiller, 1963) está compuesto por tres dramas escritos entre 1794 y 1798. Estos son: “El campamento de Wallenstein”, “Los Piccolomini” y “La muerte de Wallenstein”.

El primer drama sucede en un campamento militar, en la cotidianidad de la vida del soldado raso de la Guerra de los Treinta Años. La acción, históricamente hablando, se sitúa en el invierno de 1633 a 1634 (aunque el autor no lo mencione explícitamente). El hilo conductor de esta obra es la opinión del soldado hacia Wallenstein. En ella encontramos que los soldados le dedican un verdadero culto, describiéndolo como el jefe de guerra por excelencia. Si Wallenstein recibe tan grata calificación, se debe a que el *friedlandés* es un jefe de guerra que comprende más que cualquier otra persona el ideal del soldado de la época: la *libertad*. El soldado aquí es un ser libre, libre, ante todo, de las ataduras de las servidumbres de la vida campesina. Vive en cambio una vida llena de aventuras, lejos de la rutina de los trabajos agobiantes del campo.

Esta ansia de libertad del soldado sirve a Schiller de tela de fondo para pintarnos retratos históricos de los ejércitos implicados en esta devastadora guerra de religión. Los suecos hacen la guerra en nombre de principios religiosos y morales, razón por la cual en el ejército prevalece la disciplina. Los suecos se involucraron en este conflicto llamados por una misión trascendental: la de socorrer a los protestantes alemanes. Los sajones comparten con los suecos la voluntad de regirse por una estricta disciplina militar. En estos ejércitos el soldado es astringido a obediencia ciega e incondicional a sus jefes, es decir, está sujeto a una especie de vida ascética, similar a la vida militar de nuestros ejércitos nacionales contemporáneos. Ahora bien, como estas dos filosofías castrenses son incompatibles con la aspiración a la libertad dibujada antes, los soldados protagonistas del drama confiesan -sin remordimientos- haber sido desertores de esos ejércitos.

Con los ejércitos de la Santa Liga las cosas serían diferentes: su general Tilly es el protagonista característico de la *guerre en dentelles*, practicada por la nobleza del siglo XVII: para él, la guerra es un juego, lo cual constituye una ocasión para

que los soldados disfruten de una “buena vida”. Desgraciadamente, Tilly muere en Ingolstadt en la batalla del río Lech.

Por último, tenemos el ejército de Wallenstein, en donde la vida del soldado representa la realización de un ideal. En este ejército, el soldado es dichoso porque su comandante entiende, más que nadie, que la guerra sirve para satisfacer los apetitos y las ambiciones humanas. Con Wallenstein, la guerra adquiere una dimensión pura. Y es en esta dimensión de guerra pura, de guerra por la guerra, en donde el soldado vive la quintaesencia de la libertad.

En el segundo drama, “Los Piccolomini”, Schiller pone en escena la envidia y la desconfianza que suscitan los éxitos militares de Wallenstein en la corte de Viena. A raíz de tales éxitos, la corte lo ve como un *peligro*, y Maximiliano de Baviera, jefe de la Liga, lo cree una amenaza. La popularidad que ha conseguido dentro de la soldadesca hace que Wallenstein sea percibido entonces como un hombre con demasiado poder, poder proveniente de su imagen como “salvador” de la causa imperial. Y es precisamente, al parecer, porque se ha vuelto muy indispensable para la causa imperial que se independiza de ella. Ahora, nutrirá sus propias ambiciones y tendrá sus propios planes. Por lo tanto se convierte en una persona incómoda y peligrosa, y más aún cuando el genial soldado, según parece, ha caído en la megalomanía: se cree el caudillo de la paz y el salvador de Alemania, lo cual es ir demasiado lejos. Tan incómodo personaje tiene que ser eliminado.

El último drama, que termina, como lo indica su título, con la muerte de Wallenstein, constituye el desenlace de un destino. En él se asiste a la tragedia de un ser completamente cegado por el orgullo y la certeza de su buena estrella, ceguera que se manifiesta -sobre todo- en la confianza hacia uno de sus generales, Octavio Piccolomini, que será el artífice de su caída. En esta tercera parte también observamos a un Wallenstein que justifica con múltiples malabarrismos retóricos la traición que se prepara a cometer contra Fernando II. Pero ante ello se dirá que, primero, sus ambiciones no constituyen una traición sino solamente el cumplimiento de su destino heroico, y, segundo, que sus acciones no pueden ser calificadas de traición, y más cuando el verdadero traidor es la corte de Viena con su lote de celosos, envidiosos y mezquinos. Si bien el generalísimo del emperador Habsburgo reconoce estar devorado por la ambición, la justifica dentro de una lógica de guerra y no política; luego no estaría cometiendo una traición. En consecuencia, no puede ser objeto de censura. Por el contrario, es más bien el imperio de los Habsburgo el que debe ser objeto de las críticas, por carecer de una cultura unificada. Finalmente, solo, abandonado por sus soldados y traicionado por sus oficiales, Wallenstein es asesinado, muriendo dignamente como suele hacerlo un personaje de tragedia.

Variaciones: los personajes en su intimidad

Variación No. 1: Wallenstein

En la obra de Schiller, la figura de Wallenstein es la de un auténtico personaje de tragedia. Genio de la guerra, figura demiúrgica, es sobre todo un hombre atormentado, inmerso en sus contradicciones. Calculador frío, es una persona inquieta, a la merced de las predicciones de Bautista Seni, su astrólogo. También es un ser orgulloso, muy orgulloso. Este orgullo se manifiesta hasta alcanzar niveles de inconsciencia. De otro lado, aunque considera que obtuvo su inmenso poderío del *Kaiser* (tiene claro que sólo trabaja para él), no lo sirve. Sólo sirve a sus ambiciones, a un punto tal, que es devorado por ellas; Wallenstein hasta llega a creerse el igual de Fernando II, o como él mismo lo dice: el rey de su ejército, en donde ejercerá un poder absoluto.

El punto de partida para la realización de las ambiciones de Wallenstein (por las que morirá si es necesario), como la restitución del esplendor en el Reino de Bohemia y la obtención del poder absoluto en Alemania para lograr la paz (tan anhelada por un pueblo agobiado por el conflicto confesional), es precisamente este poder contar el general con el respeto y la confianza de sus soldados.

Wallenstein cuenta con la admiración de sus soldados. Tiene el respeto de ellos por respetar su libertad. Tolerante, lo único que le interesa es que ellos sean buenos combatientes. Es así como se explica el que, siendo defensor de la causa católica, sus tropas estén compuestas tanto por católicos como por protestantes; siempre y cuando los soldados combatan bien, la confesión religiosa que profesen poco le importa. La guerra no tiene otro fin que la guerra misma. Es un negocio para amasar riquezas (Wallenstein sacaría de la guerra su inmensa fortuna). Generoso, es considerado por su ejército como un padre. Comandar hombres es su segunda naturaleza. Objeto de respeto, sabe mantener la disciplina y el orden en un ejército compuesto por mercenarios ávidos y sin escrúpulos. Por estas razones Wallenstein es definitivamente -a los ojos de Schiller- el guerrero innato.

Variación No. 2: los Piccolomini

Octavio Piccolomini (1599-1656) encarna al típico hidalgo. Nacido italiano, un tiempo al servicio de la corona de España, pasa luego al servicio del Imperio, lo que lo lleva al servicio de Wallenstein. Es el carrerista *par excellence*. Hábil manipulador, mañoso cortesano, es el artesano de la traición al duque de Friedland. Ambicioso como éste, es sin embargo su némesis en términos de

carácter. Al contrario de Wallenstein, es un ser prudente y modesto en sus deseos. Parte de los *happy few* que entran en el círculo de los íntimos del *friedlandés*, y beneficiario de su confianza es también el oído de Fernando II. A través de él es que Viena sabe lo que Wallenstein trama en contra.

Traicionero, Octavio Piccolomini sabe que lo es. Lo asume plenamente y también lo justifica. Su justificación se fundamenta en la fidelidad profesada hacia el emperador, su señor y amo. Entonces, Wallenstein, por traicionar a Fernando II, será traicionado asimismo por su general: el traidor termina traicionado. Es absuelta la traición cuando se traiciona al traidor, lo que es confirmado por el destino pues -al final del drama- el emperador lo nombra príncipe.

Max Piccolomini, su hijo, es un personaje cuyo comportamiento obedece al patrón del héroe romántico. Es un ser puro e inocente, profundamente enamorado de Tecla, la hija de Wallenstein, por lo que guardará hacia éste una admiración y confianza sin límites. Su fidelidad al duque de Friedland está dictada por una fogosa pasión, lo que hace que se cierre completamente a la exhortación de su padre cuando le dice que Wallenstein no es más que un personaje ambicioso y traidor. Es más, cuando Octavio revela sus propios planes de traición, Max rompe con su padre, desobedeciendo las reglas más indiscutibles del respeto filial, por seguir los sentimientos dictados por su corazón. Es así como Max Piccolomini se dirige hacia un destino trágico, característico del héroe romántico: cuando es frustrado su amor (por el mismo Wallenstein, quien tiene a su hija como instrumento para sus ambiciones de grandeza), y se da cuenta de que su padre tenía razón, Max se refugia en la muerte, preservando su honor y llevando intacto a la tumba su amor hacia Tecla.

Variación No. 3: los oficiales del ejército de Wallenstein

Como se ha mencionado atrás, los soldados del ejército de Wallenstein son mercenarios que lo respetan y veneran, claro, siempre y cuando la paga sea buena y llegue a tiempo. Pero por tener personalidades primarias, su fidelidad es más sólida que la de los oficiales porque, además de riquezas, éstos persiguen sus propios sueños de gloria y poderío. No obstante, los oficiales que componen el séquito de Wallenstein se dividen en dos grupos: los que están atados a su destino como Terzky, Illo e Isolani, y los que lo siguen en los azares de la fortuna, como sus capitanes Buttler, Gordon, MacDonald y Deveroux.

El conde Terzky, general bohemio, está ligado íntimamente a Wallenstein por estar casado con su hermana. El conde Illo, su mariscal de campo y hombre de confianza, e Isolani, general croata, son partes del círculo de los íntimos

del duque de Friedland y, hasta cierto punto, los alter ego del *friedlandés* en la medida en que nutren una ambición igual a la suya. Pero ahí termina la comparación, ya que carecen de la astucia y la inteligencia de Wallenstein. Son más bien personas torpes y ruines, y ejecutan acciones en nombre de Wallenstein que no harán sino precipitar su caída, por ejemplo: en el asunto del banquete del juramento. Ellos perecerán como Wallenstein, aunque sin honor.

Los capitanes Butler, Gordon, MacDonald y Deveroux son mercenarios irlandeses, y los esbirros que toman por iniciativa propia la decisión de asesinar a Terzky, Illo e Isolani y, también, llevarán a cabo el magnicidio. Son típicos *soldiers of fortune*, individuos de doble moral; su lealtad va hasta donde lleguen sus intereses. Participantes del banquete del juramento, prometen fidelidad a Wallenstein, si bien, primero que todo, son soldados contratados por el emperador al servicio del *friedlandés*. Es por esta razón que no vacilan en cambiar de campo cuando la estrella de Wallenstein se apaga, pues de seguir reconociéndolo como el soldado de genio, su traición pondría sus propios intereses en peligro. Así que, en lo único que dudan es en escoger la forma más vil para eliminar a un personaje ahora embarazoso.

Variación No. 4: retratos femeninos

El drama del Wallenstein tiene personajes femeninos representativos, como la condesa Terzky (hermana de Wallenstein y esposa del general bohemio), la duquesa de Friedland (esposa de Wallenstein) y Tecla (princesa de Friedland), su hija. La condesa es la versión femenina de Wallenstein. Ambiciosa como él, actúa como la conciencia (la mala conciencia) de éste, motivándolo constantemente a perseguir sus sueños de grandeza, aun cuando es cada vez más evidente que la fortuna lo ha abandonado. En el drama, cumple la función arquetípica de Eva: es la tentadora que precipita a Wallenstein hacia su caída. Por otra parte, la duquesa de Friedland, en cambio, juega en el drama un papel pasivo: típica víctima de un matrimonio por conveniencia, no es más que un juguete en manos de la ambición de su marido. Ingenua, ignora todo lo que se trama a sus alrededores y hace poco por enterarse. Su felicidad radica en la ignorancia. Finalmente, Tecla, quien es el complemento femenino de Max Piccolomini, persona a la que le comparte su amor. Ella es una joven mujer de carácter, una hija rebelde que se niega a ser el instrumento de la política de su padre, lo que se constata en la reacción que tiene cuando le llega la noticia de la muerte de su amante, una reacción -por cierto- característica de la mujer romántica que se hunde en llanto eterno ante la tumba del amado.

Epílogo

El drama *Wallenstein* presenta una versión poética de un episodio histórico. La pretensión de Schiller es mostrar la dimensión humana de un monumento de la historia como lo es el duque de Friedland. La finalidad de la pieza *Wallenstein* es la de sublimar, a través de la prosa literaria, las controversias históricas en torno a este personaje. Schiller logra de esta manera trascender la mera crónica (como lo hace en la *Semblanza de Wallenstein*), resaltando así las implicaciones filosóficas de un periodo histórico con la ayuda de la poesía.

Las implicaciones filosóficas se relacionan con los perjuicios de la guerra para la vitalidad de una nación. Pero las implicaciones poéticas son aun más ricas, pues restituyen -como lo dice el propio Schiller- la dimensión humana a un personaje atascado por la controversia; la misma dimensión poética pone de relieve lo que Nietzsche (quien admiraba a Schiller⁹) llamó lo “suprahistórico” en la vida de Wallenstein: en ella se encuentra el drama intempestivo de la ambición, lo que da a esta historia su valor trágico más allá del bien y del mal (de la época), más allá de tantas reflexiones que, precisamente, son las que limitan y hasta impiden una reflexión de índole específicamente histórica. Según esto, pareciera que para Schiller la reflexión histórica *stricto sensu* resulta insuficiente, paradójicamente insuficiente para captar lo esencialmente *histórico* de las figuras del pasado, para nuestro caso, de Albrecht von Wallenstein.

El drama poético *Wallenstein* puede leerse como la propuesta de Schiller sobre el conocimiento histórico, presentada, a su vez, como una alternativa a la grisalla del quehacer histórico de su tiempo. Sin embargo, es desde el momento en que se subordina la práctica de la historia a los imperativos de la ciencia, que la propuesta de Schiller cobra vigencia, y más que nunca hoy en día.

De esta manera, Schiller nos invita a explorar un sendero hacia una forma especial de hacer historia, acto éste que, a nuestro modo de ver, ha perdido su esencia en cuanto conocimiento, es decir: en cuanto saber y reflexión con fines estéticos, en fin de cuentas: en cuanto historia al servicio de la *vida*.

Notas

¹ La corona de Bohemia había sido ceñida por los Habsburgos desde 1526 con Rodolfo I. Con la muerte de Mateo, la corona debía pasar a su primo Fernando, pero éste, al contrario de su predecesor, es un católico que une la piedad a la intolerancia, razón por la cual la nobleza checa no ratificó su elección, escogiendo en cambio al elector palatino, líder de la Unión Evangélica, asociación de estados protestantes del Imperio Germánico.

² Las medidas represivas tomadas por Viena acabaron con la élite nacional checa, y provocaron: la germanización de la sociedad, la persecución religiosa que condujo a 150.000 personas al exilio (los hermanos Moravos, por ejemplo), la expropiación de más de la mitad de la nobleza terrateniente protestante a favor de católicos (Wallenstein fue uno de los grandes beneficiarios), alemanes o croatas. Fue el fin del Reino de Bohemia, que de ahora en adelante sería posesión hereditaria de los Habsburgo y dentro del cual comenzarían a ejercer un poder absoluto.

³ Fundada en 1609, la Liga era una asociación de estados católicos del Imperio Germánico.

⁴ Situación bastante incómoda, en efecto, por tener que enfrentarse a una rebelión en Transilvania, donde era jurídicamente imposible que la Liga interviniera.

⁵ En 1629, impulsado por sus consejeros espirituales jesuitas, Fernando proclama el “Edicto de Restitución”, el cual obliga a restituir todos los bienes a la Iglesia católica, que habían sido secularizados después de la Paz de Augsburgo (1555).

⁶ Actualmente la ciudad de Cheb en la República Checa.

⁷ Es la opinión particular, por un lado, de Rován, quién lo califica de “jefe de guerra genial”, y, por otro, de Golo Mann, quién -hijo del ilustre escritor Thomas Mann- se encarga de rehabilitar su figura en la magistral y clásica biografía que escribiese sobre Wallenstein.

⁸ Punto de vista desarrollado en la *Semblanza de Wallenstein*, estudio del autor complementario a su obra dramática.

⁹ Las ideas sobre historia que Nietzsche desarrolla en la “Segunda consideración intempestiva” se inspiraron de manera importante en la concepción de la historia cultivada por Schiller. Véase “De la utilidad y perjuicio de la historia para la vida”.

Bibliografía

Collingwood, Robin George.

(1952) *La idea de la historia*. México: Fondo de cultura económica.

Rovan, Joseph.

(1998) *Histoire de l'Allemagne*. París: Seuil.

Schiller, Friedrich.

(1963) *Wallenstein* (trad. Rafael Cansinos Assens). Madrid: Editorial Aguilar.